

La historia después de la Historia

Virginia RODRÍGUEZ BARTOLOMÉ

FUKUYAMA, Francis, *América en la encrucijada. Democracia, poder y herencia neoconservadora*, Ediciones B, Madrid, 2007.

HOBBSAWM, Eric, *Guerra y Paz en el Siglo XXI*, Editorial Crítica, Madrid, 2007.

Con los acontecimientos que pusieron fin a la Guerra Fría, Francis Fukuyama declaró “el fin de la Historia”¹ y Hobsbawm hizo lo propio con “el corto siglo XX”². Comprender las implicaciones de ambas afirmaciones y el punto de vista desde el que percibían el mundo sus formuladores, es un paso previo y necesario para entender qué ha pasado desde entonces. Y comenzaremos por ese repaso, pues de lo que hablan ambos autores en sus últimos libros traducidos al castellano es, precisamente, de lo que ha pasado después.

Cuando Francis Fukuyama hablaba del “fin de la Historia”, lo hacía desde una profunda convicción: que ideológicamente no quedaban alternativas para refutar que el mejor marco posible para la vida de los seres humanos lo daba un sistema político asentado en la democracia liberal representativa, y un sistema económico de libre mercado capitalista. Las implicaciones de esta premisa quedaban claras: todo el planeta debería entender del mismo modo el momento que se estaba viviendo y no había mayores problemas para que así fuera porque, al fin y al cabo, tanto el sistema político como el económico estaban fundados en principios universales a los que, por lo tanto, todo el planeta tendería a converger. Asimismo quedaba igualmente claro que el motor que lideraría, y sería modelo, para esa convergencia era Estados Unidos. Su misión sería desarrollar el programa de acción política internacional para que todos los estados del mundo ocuparan su lugar en ese marco (o estructura) de bienestar universal.

Este optimismo latente en las predicciones de Fukuyama, también se observa en el otro autor que nos ocupa, porque Hobsbawm confiaba en que el momento histórico que se vivió a principios de los años noventa ponía fin al “corto siglo XX”, identificado como el más sangriento y violento de la historia. Confiaba, no tanto en que se hubiera llegado al final de un periodo de violencia en la historia humana, como en que, una vez marcado el fin y llegado el momento de hacer balance, los seres humanos seríamos capaces de extraer algún tipo de lección. En

su obra sobre el siglo XX también observa la ruptura que este siglo supone respecto a un determinado modo de concebir la historia. Es el momento histórico del declive del campesinado y los modos de producción que, desde la sedentarización de la agricultura, han regido en el mundo. Este declive se debe fundamentalmente a los espectaculares progresos y transformaciones tecnológicas. El momento de optimismo lo marcaban las perspectivas que el fenómeno de la globalización entonces prometía: la superación de los obstáculos que hasta entonces habían supuesto los conceptos de tiempo y espacio para las actividades y las relaciones entre las personas.

¿Y después de la Historia, qué? La respuesta a esta pregunta es el contenido, en cierto sentido, de ambos libros. Después de la Historia hemos asistido a genocidios, intervenciones humanitarias, los Balcanes, Ruanda, los Tigres Asiáticos, las dos guerras del Golfo, los “estados fallidos”, el 11-S y, por supuesto, el exponencial desarrollo de la globalización.

El optimismo no ha sobrevivido. Ambos autores comparten esta conclusión. Coinciden también en la elección de la intervención estadounidense en Irak como el acontecimiento internacional que más claramente ilustra sus apreciaciones. Una última coincidencia entre los dos autores es considerar la intervención un error. A partir de aquí las diferencias: Fukuyama en su obra describe la situación internacional y propone cursos de acción para afrontar los problemas que observa; Hobsbawm vuelve la mirada a la historia para reformular viejos problemas con nuevos conceptos, investiga la génesis de los procesos que concurren en el mundo de hoy, y en lugar de dar respuestas, plantea interrogantes. El hecho de que desde planteamientos tan distantes, coincidan en calificar de errónea una acción, nos va a permitir partir de la misma cuestión para observar: desde qué prisma contempla el mundo cada uno de los autores y cómo van llenando de contenido el nuevo comienzo que predijeran a principios de la década de los noventa.

Partamos de la pregunta en sí: ¿por qué considera Fukuyama que fue un error la intervención estadounidense en Irak? Considera que fue una intervención basada en una serie de errores de apreciación: 1) sobre el peligro auténtico que suponía el Gobierno de Saddam Hussein, 2) sobre los medios necesarios para acometer la intervención y posterior reconstrucción del país y 3) el impacto que la intervención tendría sobre la imagen de EE UU en el resto del mundo. Tras estos errores de apreciación, ve una perversión de los principios neoconservadores que

han constituido la gran baza ideológica de importantes miembros de la Administración estadounidense (y del propio Fukuyama hasta que intuyera esta deriva perversa). Para ilustrar su observación, realiza una genealogía del neoconservadurismo que arranca de las reuniones de un grupo de intelectuales judíos en el *City College* de Nueva York entre los años treinta y cuarenta. Este *corpus* de ideas se articula en torno a cuatro principios:

*"(...) la preocupación por la democracia, los derechos humanos y, en un plano más general, la política interna de los estados, la fe en que el poder blando de Estados Unidos podía usarse con fines morales, el escepticismo acerca de la capacidad del derecho y las instituciones internacionales para resolver los problemas de seguridad graves y, por último, la opinión de que la ingeniería social ambiciosa a menudo conduce a consecuencias inesperadas y con frecuencia resulta contraproducente"*³.

Formulados de este modo, es fácil entender lo erróneo de la intervención en clave neoconservadora. No obstante, y dada la manipulación que ha realizado la actual Administración estadounidense en la interpretación de estos principios, Fukuyama se desmarca de esta línea de pensamiento y apuesta personalmente por un nuevo marco teórico: "el wilsonismo realista". Este marco teórico es, en realidad, un programa de acción política internacional que Fukuyama plantea en torno a dos ejes fundamentales: 1) la consideración del *soft power* ("poder blando")⁴ como el elemento que hoy puede generar, dentro de las sociedades, las condiciones idóneas para abordar el cambio político y social que posibiliten la vida buena en todo el mundo - tras haber quedado claro que éstas condiciones no se pueden conseguir mediante la guerra y la violencia -; y 2) la necesidad de un mayor desarrollo de las instituciones internacionales para que sean capaces de legitimar, desde el multilateralismo, el ejercicio del liderazgo, de la "hegemonía benevolente", de EE UU.

Como todo programa político, este también es la respuesta a un determinado diagnóstico de la realidad internacional. Para Fukuyama la hegemonía estadounidense es el hecho constitutivo de esta propia realidad; algo sobre lo que no se pregunta, que, simplemente, es así. EE UU es la potencia hegemónica y desde esta posición debe enfrentarse a los problemas que concurren en el mundo

internacional. Los problemas son fundamentalmente dos: 1) el peligro que representan los “estados colapsados” o “estados fallidos” que, imposibilitados estructuralmente para el acceso a las ventajas que ofrecen los sistemas políticos liberales, son un caldo de cultivo esencial para una sensación de agravio que las redes terroristas internacionales han sabido capitalizar y 2) la visceral reacción antiamericana en numerosos lugares del mundo, propiciada por los errores en el modo de ejercer la hegemonía benevolente, de manera unilateral, por parte de EE UU (un claro ejemplo: la guerra de Irak).

Para resolver ambos problemas plantea los ejes centrales del “wilsonismo realista”, un nuevo paradigma de relaciones internacionales que incorporar a las escuelas que el autor considera válidas para el análisis del mundo internacional, que serían: el realismo clásico, el nacionalismo jacksoniano, el internacionalismo liberal y, por supuesto, el neoconservadurismo. El hecho de que apunte los paradigmas de Relaciones Internacionales mencionados como los únicos válidos para explicar el mundo internacional, es un buen indicador del modo en que Fukuyama lo contempla. Porque, a excepción del realismo clásico, tanto las escuelas que repasa, como su nueva propuesta responden a los mismos patrones teóricos: un mundo que se explica en torno a los valores liberales universales, donde el principal agente es EE UU y donde, por lo tanto, desde la excepcionalidad de su posición debe ejercer el liderazgo hacia un mundo en el que se materialice la universalidad de esos valores sobre los que se asienta la preeminencia estadounidense. Las diferencias radican en los elementos de la realidad internacional sobre los que cabe actuar para lograrlo. No estaríamos, entonces, ante marcos teóricos diferentes, sino ante distintas propuestas de ejecución de un programa político fundado en la superioridad de los valores liberales que, en tanto que universales pueden, y deben, ser exportados al resto del mundo. Elevar estos programas políticos a paradigmas, pone de manifiesto que no sólo Fukuyama, sino muchos otros autores de la academia norteamericana conciben el papel a desempeñar por EE UU desde un mesianismo latente, desde la profunda convicción de que el mundo entero acabará por quedar homogeneizado en torno al *american way of life*, lo cual es, además de inevitable, deseable. En cualquier caso, quizá la principal novedad que aporta el “wilsonismo realista” sea la advertencia sobre los peligros de mezclar el interés particular de EE UU en el ejercicio del liderazgo mundial, que así podría verse erosionado.

Digamos por tanto que el principal problema de ésta y cualquier otra obra de Fukuyama es su alcance parcial en el mejor de los casos, dada su pretensión de elaborar teorías a partir de soluciones a problemas contingentes. El problema es su falta de perspectiva al apreciar un mundo en el que Estados Unidos no es más que una parte de él, quizá la más poderosa, pero en absoluto la única. La cuestión es que su propuesta no se preocupa por explicar en qué se funda la posición hegemónica de la mayor potencia internacional porque no lo considera necesario, porque asume (con ese mesianismo ya aludido) que un poder fundado en valores universales como la democracia o los derechos humanos no requiere de más explicaciones. La academia norteamericana es muy dada a grandilocuentes manifestaciones en torno a estos valores, que justifican la excepcionalidad de sus acciones, constituyendo en torno a esas numerosas excepciones un nuevo orden internacional que puede que lo único que tenga de novedoso sea la propia inconsciencia de su agente más poderoso respecto a los límites en su capacidad de acción.

La miopía y grandilocuencia excepcionalista de esta cosmovisión es, precisamente, lo que Hobsbawm critica no sólo desde sus argumentos, sino desde la forma de aproximación del autor a la realidad que analiza. Pero comencemos por donde nos habíamos propuesto.

¿Por qué la intervención estadounidense en Irak es un error para Eric Hobsbawm? Porque constituye la demostración más flagrante de las perversiones de una decisión como la que llevó al gobierno norteamericano a partir del 2001 a imponer una hegemonía mundial unilateral⁵. La hegemonía que, para este autor, ejerce Estados Unidos tiene menos de benevolente que de imperial, y es el error en el diagnóstico y programas de acción de pensadores norteamericanos (incluido el incauto Fukuyama en una referencia implícita⁶) lo que niega cualquier posibilidad de coherencia a las acciones internacionales de un país poderoso que desconoce el alcance, los límites y, en última instancia, el propio fundamento de su poder.

El error es, precisamente asumir la situación de hegemonía con cierto sentido de inevitabilidad histórica, y aún más que esto tenga implicaciones respecto a la actividad internacional. No contemplar con una mayor amplitud el mundo en el que hoy se ejerce esa hegemonía y confundir los términos de su actuación remite, entre otros errores, al que se cometió al atacar Irak.

¿Cuál es el estado del mundo internacional en la primera década del siglo XXI para Hobsbawm? El poder de Estados Unidos radica en que hoy por hoy es el único estado del mundo que puede llevar a cabo grandes misiones militares en prácticamente cualquier lugar del mundo, dado su enorme arsenal armamentístico de última generación y el grado de profesionalización de su ejército. Sin embargo, su vulnerabilidad económica está trasladando el peso de las grandes actividades financieras y comerciales en dos sentidos: geográficamente, distribuyéndolo entre la zona noratlántica y Extremo Oriente e institucionalmente, siendo en las grandes corporaciones e instituciones multinacionales donde se toman las decisiones económicas más relevantes. La política internacional se articula, por tanto, en torno a la supremacía de un gigante militar con pies de barro económicos.

Por otro lado, excepto en el ámbito político, prácticamente todos los demás campos de la vida humana y social están siendo afectados por la globalización⁷, y el término “afectados” no es casual ni banal, porque en su revisión - menos optimista que la que realizara en su “Historia del Siglo XX” - sobre las previsiones en torno al fenómeno, apunta dos cuestiones para la reflexión: la potenciación, a su amparo, de las desigualdades sociales y el hecho de que quienes menos se benefician de ella, son quienes más la padecen. El siglo XXI se abre, por tanto, con un liderazgo hegemónico fundamentalmente militar en un mundo donde la globalización es un hecho, un fenómeno presente, que en lugar de resolver problemas como los relacionados con las desigualdades sociales y económicas, los potencia.

De la combinación de ambos extremos, obtenemos una descripción de la realidad cuyos extremos esclarecen más aspectos que cualquiera de las respuestas ofrecidas por Fukuyama. En primer lugar porque Hobsbawm duda de que la fuerza militar sobre la que EE UU asienta su hegemonía, sea suficiente para mantenerla a medio plazo. Hoy en día no se puede confiar en controlar a los individuos en las sociedades exclusivamente a través de la violencia. Y si bien es cierto que el 11-S propició la aceptación por parte de la opinión pública de un autosometimiento a nuevos mecanismos de control en aras de la seguridad, esto no hizo sino poner de manifiesto que las únicas medidas eficaces para mantener controlado al cuerpo social, incluyen en buena medida un componente voluntario, un consentimiento por parte de los individuos. El desarrollo de las tecnologías de la información, la influencia de los medios y el control informático de prácticamente todos los seres

humanos de una parte del mundo, es el instrumento con el que eso se lleva a cabo.

En segundo lugar, los argumentos de Hobsbawm resultan esclarecedores porque desconfía de que el sistema político y económico que venció la batalla ideológica de la contienda bipolar, sea el marco adecuado para la realización de las pretensiones universalistas que la propia concepción implica. Esta desconfianza proviene de tres cuestiones: 1) la convicción de que se está fraguando un imperio en torno a esos valores universales, que como todos los que ha habido en la historia se colapsará, y poco quedará de ese marco supuestamente definitivo para la consecución del bienestar humano; 2) el hecho de que los valores con que se llena la noción imperial, también son ideología aunque pocos parezcan dispuestos a reconocerlo (sobre todo por la inexistencia hoy en día de cualquier otra alternativa); y 3) observar cómo la globalización está agrandando la nebulosa en torno a la universalidad de determinados conceptos.

En definitiva Hobsbawm está poniendo en tela de juicio la concepción del mundo internacional que maneja, entre otros, Fukuyama. Está desmontando la idea de que la hegemonía sea el destino histórico de EE UU: anunciando los límites de su poder (es exclusivamente militar) y desmontando la piedra angular con la que legitima moralmente su posición de preeminencia (la universalidad de los valores que representa). La hegemonía de la posición que hoy ocupa EE UU en el sistema internacional. La interpretación que se da a la posición que ocupa EE UU en el mundo internacional ha evolucionado desde que se creara la nación. Resulta bastante coherente que el gran estudioso de los movimientos nacionalistas del siglo XIX proponga una reflexión para explicar dicha evolución en los siguientes términos: como sostiene en otra de sus obras⁸, el nacimiento de las naciones se produce al amparo de (entre otros factores) la creación de una conciencia nacional en todos sus individuos, creación que las élites gobernantes llevan a cabo mediante una invención de las tradiciones nacionales. Las colonias norteamericanas del siglo XVIII carecían de referencias históricas sobre las que elaborar esas tradiciones, de manera que la conciencia nacional se edificó en torno a las posibilidades que ofrecía la nueva nación. Estas posibilidades nacían de los principios ideológicos liberales con que se construyó el propio sistema político norteamericano. Es decir, la conciencia nacional estadounidense radica en la ideología liberal. Por otro lado, también hay que tener en cuenta que EE UU se creara a partir de una revolución colonial contra el gobierno británico, que al igual que las revoluciones francesa o rusa, clamaban por la emancipación de un grupo humano sometido a otro dentro

de una misma sociedad. Una de las características de este tipo de revoluciones es el hecho de que para propiciar esta emancipación se proclama una igualdad universal entre todos los seres humanos. Valores liberales como esencia de la identidad nacional y universalidad. En torno a la evolución de estas dos ideas Hobsbawm define y describe la hegemonía imperial de EE UU.

Pero con este planteamiento que nos ofrece el historiador británico podría resultar mucho más esclarecedor dar otro enfoque a la cuestión de la hegemonía estadounidense. Porque a partir del nacionalismo basado en la ideología y su vocación universal, podemos analizar los discursos que han acabado por convertir en hegemónica la posición de EE UU en el mundo internacional desde que acabara la Guerra Fría. Ya desde finales del siglo XIX, EE UU comienza a proyectar internacionalmente una idea: la superioridad moral de los principios políticos y sociales que articulaban su organización. Preservar su seguridad y perseguir su interés nacional pasaban por asegurarse un entorno pacífico, de estados vecinos que imitaran en lo posible su estructura política y social. Y así se erigió en el gendarme del continente americano con la "Doctrina Monroe". Así borró cualquier posibilidad de influencia europea en su "patio trasero" y se arrogó todas las capacidades necesarias para mantener controlados y ordenados, en la medida de lo posible, a los estados americanos. Las dos guerras mundiales plantearon la posibilidad de vincular la defensa de sus valores ideológicos a una universalidad que trascendiera las declaraciones revolucionarias. La posibilidad, en definitiva, de acudir en defensa de sus valores allí donde se encontraran en peligro⁹. Tras la Segunda Guerra Mundial se consolidó un reparto de papeles novedoso en el mundo internacional. Dos nuevas potencias - nacidas de sendas revoluciones emancipadoras - ocupaban las posiciones de preeminencia en el sistema internacional. No tardaron en enfrentarse porque la igualdad universal de los seres humanos proclamada en ambas revoluciones, respondía a dos concepciones bien distintas. Sin embargo, ninguna de las dos potencias quiso renunciar a la vocación universalista de sus valores, algo que, por un lado, las hizo apoyar a ambos procesos de descolonización; pero que, por otro, convirtió al mundo entero en escenario de tensiones. La última gran guerra del siglo XX argumentaba y refutaba la esencia misma del sentimiento nacional estadounidense. Por eso la victoria fue entendida como una prueba de la superioridad moral de sus valores. Sin otra alternativa ideológica cuestionándolos, el liderazgo ejercido sobre el bloque occidental en torno a la defensa de la libertad, debía reformularse para ajustarse a las nuevas dimensiones planetarias. El desarrollo de las comunicaciones y el auge

de la globalización fueron las condiciones de posibilidad para un alcance global del discurso - que ya podemos calificar de hegemónico - en torno a la democracia, el mercado y los derechos humanos. Es a partir de este momento cuando se extiende a cada rincón del planeta el "poder blando" aludido por los dos autores que nos ocupan. Recordemos que para Fukuyama es la llave para que el mundo entero contemple en qué consiste la vida buena y así las sociedades más desestructuradas luchen por alcanzar las condiciones para su desarrollo. Hobsbawm es más escéptico con el fenómeno y lo identifica como un resultado, y no necesariamente de los positivos, del mundo global. La razón es que hace visibles las diferencias y desigualdades - que, por otro lado, la globalización está potenciando - y está generando una sensación de agravio en cuyo rechazo hoy reaccionan las segundas y terceras generaciones de inmigrantes en Europa y EE UU. El agravio está también en el fondo de las motivaciones de muchos de los activistas de las redes terroristas internacionales.

Así llegamos al 11-S. En realidad este momento no supuso una ruptura dentro del sistema internacional; sigue habiendo una potencia hegemónica y sigue siendo la misma. Lo que cambió con los atentados fue que el reto lanzado al orden internacional, hizo redefinir una vez más el contenido de la hegemonía. Tras un ataque directo, la defensa de la nación, su seguridad, pasa al primer plano y justifica acciones excepcionales, totalmente fuera de la legalidad internacional que, en cierto sentido, nadie debería cuestionar. Porque cada vez que la libertad o los derechos humanos se han visto amenazados, ha sido la capacidad militar de EE UU la única vía de solución. Pasó en las guerras mundiales y, más recientemente, en los Balcanes. El ataque a las torres hizo que el terrorismo pasara a ser el principal problema para el mundo internacional porque EE UU ha hecho uso de una de las principales prerrogativas que da ostentar la hegemonía: la de decidir lo que supone un problema en el mundo internacional y lo que no. El Régimen de Saddam Hussein lo era, y se intervino.

A esta conclusión es a la que llega Hobsbawm, sostiene que la hegemonía imperial que practica EE UU conduce a este tipo de acciones. No hay novedad alguna en este tipo de comportamiento. El peligro, parece advertirnos, procede de la inconsciencia con la que autores como Fukuyama asumen como inevitables y naturalizan situaciones contingentes de la historia. La parcialidad en los análisis es un riesgo a conjurar. Pero el propio Hobsbawm parece sucumbir a la grandilocuencia y la generalización cuando anuncia un cambio de tiempo histórico a

propósito de la globalización. Como marxista confeso divide los tiempos históricos en función de la preeminencia de un modo de producción u otro. El problema con una acotación como la que propone es que parece olvidar las grandes áreas de producción agrícola que a día de hoy continúa habiendo en, por ejemplo, África Subsahariana. ¿No estamos con estas afirmaciones elaborando un discurso sobre la historia que continúa manteniendo al margen a una importante parte del mundo que siempre ha quedado al margen? ¿No estamos sucumbiendo con ello a ejercer una de las prerrogativas otorgadas por una posición hegemónica, la que nos da ser partes del imperio?

¹ FUKUYAMA, Francis, *El fin de la historia y el último hombre*, Planeta, Barcelona, 1992.

² HOBBSAWM, Eric, *Historia del Siglo XX*, Crítica, Madrid, 1995 [Primera Edición].

³ FUKUYAMA, Francis, *América en la encrucijada. Democracia, poder y herencia neoconservadora*, Ediciones B, Madrid, 2007, p. 18.

⁴ "Poder blando" o *soft power* es un concepto acuñado por J. Nye en el año 2003 en un artículo para la revista *Yale Global* titulado "La fuerza no basta", disponible en <http://yaleglobal.yale.edu/article.print?id=5840>

⁵ HOBBSAWM, Eric, *Guerra y ... op cit.*, p. XIII.

⁶ *Ibidem.* p. 19.

⁷ A pesar de que el término "globalización" carece aún hoy de una definición generalmente aceptada, Hobsbawm propone la siguiente: " ... un mundo convertido en una unidad indivisa de actividades interrelacionadas y libres del estorbo de las fronteras locales (...)". HOBBSAWM, Eric, *Guerra y ... , op cit.*, p. IX.

⁸ HOBBSAWM, Eric y RANGER, Terence, *La invención de la tradición*, Crítica, Barcelona, 2002.

⁹ Baste recordar el discurso pronunciado por W. Wilson ante el Congreso Norteamericano para obtener la autorización para intervenir en la I Guerra Mundial.